

Revista de Indias, 2017, vol. LXXVII, núm. 270
Págs. 379-403, ISSN: 0034-8341
doi:10.3989/revindias.2017.012

La esperanza del universo: El bolivarianismo durante la «Gran Venezuela» (1974-1983)

por

Tomás Straka¹

Universidad Católica Andrés Bello, Caracas

El presente trabajo revisa el bolivarianismo venezolano y su relación con los discursos y proyectos políticos durante la llamada «Gran Venezuela» (1974-1983), el momento en el que la combinación de una estabilidad democrática de dos décadas y los precios del petróleo hicieron de Venezuela una nación excepcionalmente próspera, libre y pacífica en América Latina. En este contexto, la democracia acudió al historicismo político bolivariano para legitimar su aparente éxito como una prueba de estar cumpliendo con el ideario de Simón Bolívar, tradicionalmente asociado al pensamiento conservador y a las dictaduras; así como para proyectarse como una potencia en ciernes dentro del Tercer Mundo.

PALABRAS CLAVE: bolivarianismo; historicismo; política; Venezuela-democracia; Simón Bolívar.

CÓMO CITAR ESTE ARTÍCULO / CITATION: Straka, Tomás, “La esperanza del universo: El bolivarianismo durante la «Gran Venezuela» (1974-1983)”, *Revista de Indias*, LXXVII/270 (Madrid, 2017): 379-403, doi:10.3989/revindias.2017.012.

INTRODUCCIÓN

Para una gran parte de los observadores del extranjero e incluso para muchos venezolanos, la irrupción de Hugo Chávez y su proclamado discurso «bolivariano» fue una verdadera sorpresa. Aunque desde la década de 1960 algunos investigadores habían venido analizando el fenómeno del culto a

¹ tstraka@ucab.edu.ve ORCID iD: <http://orcid.org/0000-0001-8252-8033>.

Bolívar en la sociedad venezolana², para finales de siglo se consideraban superados o al menos muy matizados los aspectos más resaltantes del fenómeno en cuanto «ideología»³. Cuatro décadas de democracia representativa, en las que, como veremos, el escollo que representó el bolivarianismo para el desarrollo de un pensamiento democrático había sido aparentemente superado; junto a una nueva y potente historiografía crítica que, al menos en los círculos intelectuales, disipó muchas de las «verdades» consagradas de la historiografía tradicional, ayudaron a forjar esa conclusión. Pero pronto se demostró la dimensión del error. Para 1999 la mayoría de los venezolanos había votado por la promesa de una refundación de la república cimentada en todas las convicciones de lo que el historiador y filósofo Luis Castro Leiva denominó el «historicismo político bolivariano»⁴.

En esto, como en tantas otras cosas, el éxito de Chávez se debió a una amplia confluencia de factores. El colapso del régimen anterior, llevándose consigo la credibilidad de la mayor parte de sus portavoces, ayudó sin duda a hacer más atractivas sus ideas, incluyendo las bolivarianas; pero también lo favoreció el hecho, menos atendido, de lo que había de continuidad en su discurso. Ideas como la del destino de Venezuela a ser una potencia regional debido a sus riquezas naturales pero, sobre todo, al cumplimiento del camino trazado por el pensamiento del Libertador; del papel protagónico que le toca al país en la redención del Tercer Mundo y la batalla final contra imperialismo, entre otras cosas porque es la continuación de las luchas de Bolívar, ya habían estado presentes durante el sistema democrático que existió entre 1958 y 1998. El objetivo de las siguientes páginas es el de aproximarnos a ese bolivarianismo. Como se trata del avance de una investigación más amplia en desarrollo, se centrarán en la década conocida como la Gran Venezuela, que va del boom de los precios del petróleo en 1973 al inicio de la crisis estructural del modelo de desarrollo, de la que aún no sale el país, en 1983. El presidente Carlos Andrés Pérez, que llega al poder en 1974, impuso el nombre de Gran Venezuela para aquella que se propuso erigir entonces y que, según sus planes, en el año 2000 sería ya un país desarrollado. La estatización de las industrias petrolera y siderúrgica eran vistas como la palanca para que el país usara sus

² Especialmente Germán Carrera Damas con *El culto a Bolívar, esbozo para un estudio de la historia de las ideas en Venezuela*, aparecido en 1969 y Luis Castro Leiva, con *De la Patria Boba a la Teología Bolivariana*, de 1991.

³ Según Castro Leiva es «un asunto esencialmente ideológico en el doble sentido de ser un ocultamiento interesado de lo que aún no ha sido expuesto o revelado y de crear, sobre esa misma base, una falsa conciencia histórico-intelectual», Castro Leiva, 2005: 324.

⁴ *Ibidem*: 278-347.

enormes recursos, se transformara hacia la interno y se proyectara como líder tercermundista a nivel mundial⁵.

No es el caso detenernos en los resultados reales de este proyecto. Nuestro objetivo es ver la manera en la que, en gran medida, recondujo el bolivarianismo tradicional y le tendió un puente al de Hugo Chávez. Para este trabajo nos guiaremos fundamental, aunque no únicamente, por discursos del presidente Pérez. Dos hitos marcaron al respecto su presidencia: la nacionalización del petróleo en 1976, que fue recibida como el gran triunfo de la nación en el siglo XX; y el decreto de la celebración del bicentenario del natalicio del Libertador para 1983, cuyo espíritu demuestra todo el entusiasmo del momento, que irónicamente comenzó a quebrarse ese año. Con base en ellos pretendemos ofrecer un panorama inicial del problema.

LOS CONTORNOS DE UN BOLIVARIANISMO

El 24 de julio de 1976, el presidente Carlos Andrés Pérez decretó la celebración del Bicentenario del Natalicio de Simón Bolívar, que ocurriría justo siete años después⁶, en 1983, como una fiesta proporcional a la riqueza que entonces disfrutaba el país. El decreto, por lo tanto, es una radiografía de la Venezuela de aquel momento, de su sistema político, de sus ambiciones de ser potencia del Tercer Mundo y, también, de sus tradiciones, resemantizadas en (y por) las nuevas circunstancias. Por eso lo tomaremos como eje para analizar el fenómeno.

Veamos primero lo que tenía de tradicional. Aunque es probable que el bicentenario de los Estados Unidos que se celebraba por aquellos días haya servido de inspiración, el decreto se inserta en una larga tradición venezolana. Ya los centenarios (del nacimiento de Bolívar en 1883, de la independencia en 1910 y 1911, de la batalla de Carabobo en 1921; y de la muerte de Bolívar en 1930), así como las «apoteosis» del siglo XIX⁷, habían sido oportunidades para que el Estado y la sociedad se volcaran a exaltar su historia oficial en un fiestas cívicas de diverso tamaño. Pero esta vez todo tenía que estar en una

⁵ Para compulsar estas ideas, véase: Carlos Andrés Pérez, *Hacia la gran Venezuela. La nacionalización petrolera*, Caracas, Oficina Central de Información, 1975 y Oficina Central de Coordinación y Planificación, *V Plan de la Nación*, Caracas, 1976.

⁶ El 24 de julio es día de fiesta en Venezuela, por ser la fecha del natalicio del Libertador, en 1783.

⁷ Fiestas cívicas que se realizaban general, aunque no únicamente, por el aniversario de la muerte o nacimiento de algún héroe, generalmente teniendo como momento culminante el traslado de sus restos al Panteón Nacional.

escala mayor. Nunca antes los venezolanos se habían sentido tan seguros de sí mismos y confiados en el porvenir; nunca habían tenido tanto dinero ni creían más cerca del anhelo, consustancial al culto bolivariano, de volver a «días de gloria» como los de la Independencia. Pero hay más. En Venezuela, con respecto a Bolívar, ocurre lo que podemos llamar un «efecto-espejo»: cada régimen, cada movimiento, cada corriente trata de verse reflejada en el Libertador. Naturalmente, eso no siempre es posible, pero después de siglo y medio de experiencia los recursos para manipular la historia son casi infinitos. El resultado suele ser un Libertador hecho a la medida, cuya exaltación termina siendo en realidad la de quien lo exalta, que declara al Padre de la Patria también padre de su propia causa⁸; por eso, viendo lo que en específico se subraya del Libertador en los distintos discursos oficiales podemos entender lo que los regímenes (o partidos) que los producen quieren subrayar de sí. O en todo caso, de aquellos valores de los que quieren convencer a los demás.

De ese modo la forma en que ordena realizar los festejos fue, consciente o inconscientemente, es una representación, una metáfora, de toda la lógica del sistema democrático tal como se perfilaba en 1974; mientras el hecho de incluir en la agenda, como parte principalísima, lo que habría de hacerse en el exterior. Veamos: para organizar los festejos, el presidente Pérez designó una Comisión Nacional que abarcaba todos los ámbitos de la vida nacional, con las cabezas de todos los poderes (presidente de la república, del Congreso, de la Corte Suprema de Justicia), el Ministro de Defensa en representación de las Fuerzas Armadas, los rectores de las universidades de Caracas, los presidentes de todos los partidos políticos con representación parlamentaria, el presidente de la asociación de empresarios (Fedecámaras), de la asociación sindical (la Confederación de los Trabajadores de Venezuela), de la Sociedad Bolivariana y la Academia Nacional de la Historia, así como el Cardenal José Humberto Quintero, arzobispo de Caracas. Quien quiera explicar el espíritu de pacto entre diversos sectores, sobre todo entre elites⁹, que caracterizó a la democracia venezolana, tendría en esta Comisión un ejemplo muy claro de su espíritu y funcionamiento. No es un dato irrelevante que la comisión que un par de años antes había estudiado la ley de la nacionalización del petróleo, tal vez la medida más importante tomada en décadas, haya tenido una composición muy parecida. El «Pacto Institucional» que informalmente se establece a partir de 1973 con la llegada del bipartidismo (desde entonces, y por

⁸ Nikita Harwich Vallenilla lo ha definido como «un héroe para todas las causas», 2001: 7-21

⁹ Es clásica la definición de Juan Carlos Rey, que lo llamó «sistema populista de conciliación de elites». Véase: Rey, 1991: 533-578.

dos décadas, dos partidos obtendrían cerca del 90% de los votos), también se amoldaba a esa lógica: de alguna manera, todos los sectores tenían que estar representados en los poderes públicos, el gabinete y las juntas directivas de las numerosas –y entonces boyantes– empresas del Estado; lo que incluía desde empresarios, sindicalistas y militares, hasta la extrema izquierda pacificada tras la derrota guerrillera, que por el principio de la representación proporcional de las minorías tenía escaños en el Congreso que sus votos no le hubieran dado, y ocupa amplios espacios en las universidades e instituciones culturales¹⁰.

Pero aquella democracia pactada que se representa en el bolivarianismo que, como veremos, se está construyendo entonces, no fue sólo un pacto entre elites: también se fundamentaba en una amplia base de apoyo social, clave en sus triunfos sobre el golpismo militar de derecha y la guerrilla comunista de la década anterior, que le garantizó una alta legitimidad. Por eso el pueblo debía participar en los festejos del modo en que refrendaba (o no: cuando en 1998 no lo hizo se le respetó), en las elecciones los acuerdos de la elite. Así lo dejó claro el Comité Ejecutivo que designó al presidente Pérez para que se encargara de los aspectos prácticos de la celebración, a cuya cabeza estaba el historiador José Luis Salcedo Bastardo, del que ya hablaremos¹¹, entonces ministro de la Secretaría de la presidencia, uno de los cargos más poderosos del país¹²:

Dentro del marco de la conmemoración del Bicentenario de Simón Bolívar, el Comité Ejecutivo pone énfasis en el espíritu que, al respecto, debe animar al pueblo venezolano. En congruencia con la filosofía política de la Venezuela actual, se trata de insistir en un Bolívar vivo, buscar al Bolívar actuante, al Bolívar del siglo XXI, al héroe que Venezuela necesita para su orientación y acción concretas.

Ese espíritu no se manifestará sólo en actos o eventos de tipo oficial. El Bicentenario debe ser nacional, popular, con participación de todos los ciudadanos y regiones del país y aun de las aldeas o caseríos más distantes. En los actos que se

¹⁰ Se la ha llamado –a veces con tono despreciativo– «democracia pactada», porque en 1958, para enfrentar la posibilidad de un golpe militar, firmó un conjunto de pactos entre diversos sectores, siendo el más famoso el suscrito entre los partidos, conocido como Pacto de Puntofijo. Con los reajustes del caso, la insurgencia comunista mantuvo este espíritu, hasta llegar al llamado Pacto Institucional en 1973.

¹¹ Estaba presidido por J. L. Salcedo Bastardo (1926-2005), e integrado por los políticos e intelectuales Ramón J. Velásquez y José Rodríguez Iturbe, respectivamente militantes de Acción Democrática y COPEI, los dos principales partidos; por el poeta y etnólogo Juan Liscano y el historiador, médico y filósofo Blas Bruni Celli. El historiador haitiano-venezolano Paul Verna, fungía de coordinador y seguramente se encargaba del día a día del proyecto.

¹² Se trataba del coordinador del despacho presidencial, que en un país con un presidencialismo tan gran como Venezuela, se encarga de los más variados asuntos.

celebrarán en todo el país, no debe haber espectadores sino participantes. Cada venezolano debe tomar parte en una actividad cívica, patriótica, que tenga un fin educativo, social, comunitario en homenaje a Bolívar, para mejorar las condiciones de vida del venezolano y hacia el desarrollo y engrandecimiento de la nación. El Bolívar vivo es el que reclama la vigencia de todo aquello por lo cual luchó y murió: Libertad, educación, justicia social, integración, moral y honestidad, trabajo, unión, respeto de los derechos humanos, fe en el porvenir de Venezuela y América¹³.

Pero hay otra característica del sistema democrático en aquel momento de apogeo que el decreto recoge: su vocación internacionalista. Es efecto, cuando el Comité Ejecutivo del Bicentenario presenta como su segundo gran objetivo el de «universalización de Bolívar», no era difícil ver un deseo, consciente o inconsciente, de proyectarse como potencia emergente:

Esa es la primera base de la teoría del Bicentenario —el Bolívar vivo— conduce a un segundo gran principio, también magno objetivo: la universalización de Bolívar como meta de todo el trabajo del Bicentenario. En efecto, se trabaja en un plan metódico para lograr que todos los países, incluso los más alejados de nuestro Continente, tengan el conocimiento y reconocimiento debidos hacia Simón Bolívar y también tomen parte en la conmemoración del Bicentenario. Ello implica un programa en cuatro direcciones específicas: ediciones y traducciones, eventos de significación especial y universal, erección de monumentos y estatuas, e incremento de la toponimia bolivariana en el mundo entero. Ya tres países, Colombia, Bolivia y Cuba, han dictado decretos relativos a la conmemoración del Bicentenario de Bolívar¹⁴.

Consensos y pactos refrendados por el pueblo hacia dentro, «universalizar» a Bolívar hacia afuera: es así como la democracia en los días de la «Gran Venezuela» se encargó de representarse a sí misma a través de su particular bolivarianismo. Ahora bien, tanto en una dirección como en otra el cometido implicaba un esfuerzo teórico e ideológico de importancia. Hacia adentro de Venezuela, conciliar al culto a Bolívar con la democracia; hacia afuera, luchar por asumir el liderazgo del «neobolivarismo»¹⁵, ahora que los petrodólares y la estabilidad interna lo hacían factible. Veamos un poco de qué se trataban ambas cosas.

¹³ Comité Ejecutivo del Bicentenario de Simón Bolívar, s/f: 4.

¹⁴ *Idem*.

¹⁵ Categoría creada por el historiador peruano Ricardo Melgar Bao para definir al bolivarianismo que emerge entre los grupos antimperialistas latinoamericanos de las décadas de 1920 y 1930. Véase: Melgar Bao, 2007: 149-164.

HACIA ADENTRO: ¿QUÉ HACER CON BOLÍVAR EN LA DEMOCRACIA?

El mismo presidente Pérez nos demuestra, en uno de los momentos cumbres del forjamiento de la Gran Venezuela, la dificultad que la figura de Bolívar representó para la «filosofía política» de la democracia. El 29 de agosto de 1975, en un solemnísimos acto el Salón Elíptico del Capitolio Federal firmó la ley de la nacionalización del petróleo. En el lugar estaban las grandes autoridades del Estado, otra vez dispuestas con el ánimo de pacto entre sectores del decreto del Bicentenario (los ex presidentes, los parlamentarios, el Alto Mando, el Cardenal, el cuerpo diplomático y los representantes de todos los sectores del país, el Cardenal). Para subrayar la dimensión histórica que le asignaba al acto, lo hizo ante el Arca que contiene el Acta de la Independencia y la llave del sarcófago donde entonces reposaban los restos del Libertador, una especie de sanctasanctorum de la república. Dijo una vez hecha la rúbrica:

La primera victoria en el empeño común ha de ser la del optimismo sobre el pesimismo. Sociólogos de ayer pretendieron condenarnos a ser gobernados por dictaduras, desconociéndonos calidad o condiciones para los ejercicios de la democracia. Hoy no faltan voces que pregonen nuestra supuesta incapacidad nacional para manejar el petróleo.

El pueblo venezolano ha demostrado la falacia de aquellas afirmaciones de los sociólogos y predicadores del pesimismo. Los venezolanos hemos acometido a lo largo de la historia, grandes empresas; y en los últimos años, precisamente desde que la democracia gobierna al país, la juventud venezolana se ha adentrado masiva y resueltamente en los campos de la ciencia y la tecnología como para que hoy podamos afirmar que en las empresas petroleras, técnicos venezolanos y ejecutivos venezolanos, son garantía plena para asegurar eficiencia y continuidad en el manejo de la empresa nacionalizada...¹⁶

Sorprende la manera en la que cuarenta años después de la muerte de Juan Vicente Gómez y en un momento en el que la democracia venía de cosechar una serie de triunfos (la derrota de la guerrilla en los años sesentas, la inédita estabilidad de cuatro elecciones seguidas, una bonanza creciente, ¡la nacionalización del petróleo!), aún Pérez se sentía en la obligación de responder a los positivistas que consideraban a los venezolanos incapaces de vivir en democracia por razones de raza y clima¹⁷. Sin embargo, responderle a Lau-

¹⁶ Pérez, 1975: 17.

¹⁷ Por ofrecer un pronóstico muy pesimista de las posibilidades de la nación para ingresar a la modernidad, sus detractores llamaron a su pensamiento «sociología pesimista». Aunque hay que investigar su inventor, en todo caso el nombre lo popularizó Augusto Mijares con *La interpretación pesimista de la sociología hispanoamericana*, un conjunto de ensayos contra

reano Vallenilla-Lanz¹⁸, epígono de la «sociología pesimista», era relativamente más fácil que hacerlo a quien éste había usado como prueba irrefutable de sus tesis: Simón Bolívar. Aquí se hace necesaria una aclaratoria. Como planteó Castro Leiva, el «historicísimo político bolivariano» es la filosofía política del Estado en Venezuela, según la cual es imposible ser venezolano y a la vez estar en desacuerdo con algo dicho o pensado por el Libertador¹⁹. Así, dentro del marco del «efecto-espejo» del que hemos hablado, lo que un político admira —o diga admirar— de Bolívar por lo general dice más de sí mismo que del Libertador. Vallenilla-Lanz, pese a lo irreverente e innovador de sus ensayos históricos, no fue el la excepción. Las aprehensiones del Libertador a las posibilidades del pueblo venezolano para ejercer el voto, su modelo constitucional, su llamado a atender a nuestra realidad y no a los modelos estadounidense y europeo, fueron considerados por él como antecedentes del «cesarismo democrático». Persuasivo hasta el extremo y basado en un gran acopio de evidencias documentales, siempre ha sido un reto desmentir a Vallenilla-Lanz (¡y vaya que casi todos lo han intentado desde la década de 1930!). A Pérez no le quedó otro camino, verdaderamente audaz en Venezuela, de responderle directamente a Bolívar, como un hijo que ama y respeta a su padre, pero que tiene que informarle que ya las cosas no son como en su época:

Quiero decir con fe y optimismo en el destino de Venezuela, como dijo el Libertador Bolívar en el Congreso de Angostura: ‘Sólo la democracia es susceptible de una absoluta libertad’, para responder la pregunta que hace a continuación: ‘¿Pero cuál es el gobierno democrático que ha reunido, a un tiempo, poder, prosperidad y permanencia?’ La duda del Padre Libertador es la que hoy los venezolanos vamos a despejar en su patria, para ejemplo y continuidad de su obra. Es nuestro empeño lograr un gobierno democrático poderoso, próspero y permanente para todos los pueblos de la América Latina²⁰.

el «Cesarismo Democrático», publicado en 1938. Sobre las tesis de Vallenilla-Lanz y sus implicaciones políticas, véase: Sosa, 1974. Pino Iturrieta, 1978. Ardao, 1978. Plaza, 1996.

¹⁸ Laureano Vallenilla-Lanz (1870-1936), sociólogo y periodista, publicó en 1919 *Cesarismo democrático*, un conjunto de ensayos sobre historia venezolana donde desarrolla las tesis fundamentales del «pesimismo sociológico»: la urgencia de un «Gendarme Necesario» que pusiera el orden que nos llevara al progreso y así, algún día, al liberalismo; la idea de la democracia directa en la relación pueblo-caudillo (el cesarismo democrático); pero también interpretaciones novedosas sobre el proceso histórico venezolano que aún se consideran importantes. Muy influyente en América Latina, Vallenilla-Lanz fue el gran teórico y propagandista de Juan Vicente Gómez. Al final de su vida se mudó a Europa y apoyó a Mussolini, quien hizo traducir su obra.

¹⁹ Castro Leiva, 2005.

²⁰ Pérez, 1975: 25.

Dicho lo cual, en un acto típicamente suyo, salió a la calle a recibir un baño de pueblo, para casi trotar en una especie de maratón cívico y democrático hasta el Panteón Nacional y allí hacerle una ofrenda a los restos del Libertador. Sin embargo, no nos confundamos. No era, insistimos, poca cosa lo que estaba haciendo: más allá de todo el bolivarianismo del protocolo, enmendarle la plana al Padre era algo que hasta el momento nadie se había atrevido a hacer. Por lo menos no de esa manera. Los demócratas que tenían que vérselas con el fardo de un Bolívar que parecía más a propósito de Gómez o los militares de los años cincuentas que de un sistema de libertades habían intentado dos caminos: revertir hasta donde fuera posible el gran dispositivo de este historicismo, el «sentimentalismo político», del que hablaremos enseguida, para sustituirlo por una aproximación más racional; o simplemente adaptar, también hasta donde se pudiera, ese sentimentalismo a las nuevas circunstancias. Más fácil y efectivo, como veremos, fue lo segundo.

El «sentimentalismo político», una vez más según Castro Leiva, consiste en el principio de despertar los valores cívicos apelando a los sentimientos:

Mientras más *vehemente* o intenso sea el fervor bolivariano, mientras más patetismo se le imprima a la excitación de nuestra conciencia política por efecto de ese sentido moral, más certeza tendrá la sentencia ético-política que le sigue. Por ello más apodicticidad o carácter de certeza abrogará para sí la razón práctica o la desnuda voluntad que de allí se deriva patéticamente²¹.

Por eso el discurso épico y romántico siguió teniendo tanta importancia cuando el género y el estilo ya habían pasado de moda²², y el tono de la «Venezuela heroica» de Eduardo Blanco, aparecida en 1881, se puede seguir oyendo hasta Hugo Chávez. Es un sentimentalismo «renuente a la posibilidad del ejercicio de la facultad de juzgar, es decir, impermeable a la razón»²³. Y por tanto muy adecuado para los dictados de quienes ejercieron el poder como sumos pontífices del bolivarianismo, como Antonio Guzmán Blanco o Juan Vicente Gómez, sin preocuparse por convocar a comicios de carácter efectivo.

Pues bien, frente a ese sentimentalismo, hombres como Rómulo Betancourt y Rafael Caldera intentaron una aproximación distinta a Bolívar. Una que, sin dejar de lado el sentimiento patriótico, apelaba más a la razón. Así, por ejemplo, Betancourt, quien había sido profesor de marxismo en su juven-

²¹ Castro Leiva, 2005: 321

²² Straka, 2009: 101-133.

²³ Castro Leiva, 2005: 320.

tud²⁴ y llevaba una vida leyendo y escribiendo sobre historia latinoamericana, ligaba su proyecto con el del Libertador dentro del marco de un proceso sociohistórico general de democratización y liberalización de la sociedad. En un acto que en su momento tuvo tanta significación como la de la nacionalización del petróleo, el de la promulgación de la Ley de Reforma Agraria (1960), hecho también en un escenario que evocaba a la Independencia, el Campo de Carabobo, ofreció toda una tesis histórica que vale la pena citar *in extenso* por su gran valor para comprender el proyecto democrático venezolano:

Tres fueron los fundamentos del pensamiento de Bolívar, ideólogo a más de conductor de la revolución de independencia: conquista de la soberanía nacional, con su irrenunciable corolario de que fuese el pueblo mismo quien eligiese sus propios gobernantes; liberación del hombre venezolano de la esclavitud y disfrute para él del respeto inherente a su cualidad de ente humano, y democratización de la riqueza, mediante el usufructo generalizado para una población eminentemente agrícola, como lo es la nuestra, de ese don de la naturaleza, que es la tierra.

De esos tres codicilos del que se ha calificado como testamento político del Libertador, se habían cumplido ya dos de ellos. Venezuela es una nación en ejercicio cabal de su soberanía, y después de un accidentado devenir hoy, y ya para siempre, en ella es el pueblo quien escoge a quienes han de gobernarlo, a elaborarle leyes y a aplicarlas en tribunales de justicia. Desde mediados del siglo pasado fue abolida la esclavitud y no obstante la plebeyez aristocratizante de nuestras dictaduras –porque el contrasentido se dio– fue conquistada en la Guerra Federal y en tantas otras luchas es fisonomía niveladora e igualitaria que tiene la democracia social en nuestro país. Pedro quedaba desoído el llamado bolivariano a la democracia agraria. Incumplida su Ley de Repartos de 1817, que promovía la equitativa repartición entre la vasta masa rural integradora de su Ejército –desde los comandantes hasta los soldados rasos– de las tierras confiscadas a los españoles y criollos realistas. La geofagia latifundista transformó la Ley de Haberes Militares, cuando ya el Libertador agonizaba en Santa Marta, en un instrumento amañado para que el latifundio colonial pasara sin solución de continuidad de manos de una vieja casta terrateniente a las de los comerciantes ‘canastilleros’, a las de los hábiles rábulas, que siempre operan en las retaguardias de las grandes revoluciones de los pueblos, y aun a las de algunos esclarecidos fundadores de la República, quienes en la hora del cese de la guerra se revelaron inferiores a sus propias glorias. Lo que sucedió después fue lo que había previsto Bolívar. Lo que dijo con hermosa frase de poético acento: ‘*edificar sobre una base gótica un edificio griego al borde de un cráter*’. En el molde de una estructura económica semifeudal y esclavista se pretendió vaciar una imposible república democrática. En vez de los capitanes generales gobernaron presidentes, imperiosos o benévolos, pero todos actuando de espaldas al clamor colectivo de tierra, de cultura, de posibilidades de vida

²⁴ Entre 1931 y 1935 militó en el Partido Comunista de Costa Rica, donde tuvo entre otras funciones la de la formación ideológica. Véase: Gómez, 1985. Para una análisis del pensamiento teórico de Betancourt, véase: Carrera Damas, 2013.

nueva. El defraudado y mayoritario sector campesino se fue por eso, a lo largo de todo el siglo XIX, detrás de quien agitara una bandera de promesas reivindicativas y le echara la pierna al caballo, en plan guerrillero. Se ha dicho con sobrada razón que nuestra Guerra Larga, esa lucha cruenta de cinco años, en apariencia realizada por pugnas doctrinarias entre centralistas y federales, fue en realidad un choque entre los más, desposeídos de tierras, y los muy pocos, adueñados de ellas²⁵.

El sentido histórico de Betancourt le impedía presentar a Bolívar como un precursor de Acción Democrática, del modo en el que los liberales lo presentaron como una suerte de San Juan Bautista del Partido Liberal²⁶, y después lo hicieron Gómez y casi todos los demás políticos, hasta llegar a Hugo Chávez. Si se ven las cosas en la clave del deseo de organizar una república moderna y de otorgarle ciudadanía a todos los venezolanos, especialmente haciéndolos propietarios²⁷, entonces sí hay una relación entre Acción Democrática y el Libertador. Eso es lo que dice Betancourt y lo que una parte de la historiografía contemporánea ha concluido también. Partiendo desde la acera contraria al marxismo, pero igualmente atento a las ciencias sociales, Rafael Caldera hizo otro tanto cuando recomendaba en un ensayo de 1994 estudiar a Bolívar con «serena calma»²⁸. Prevalido desde su visión de sociólogo²⁹, propone esta moderación para relacionarse de manera más horizontal con el Libertador, en la que la necesidad de «enmendarle la plana» en ocasiones, deja de ser un pecado:

... no porque no pueda haber conceptos discutibles en sus tesis y en su proyecto de Constitución [dice con respecto al proyecto constitucional de Angostura], tal vez más adecuados para señalarlos un profeta que para empeñarse en realizarlos un titán, sino porque en ningún otro momento histórico ha sido proyectada una síntesis más acabada de la filosofía política latinoamericana³⁰.

Como comprendió Betancourt con respecto a AD, Caldera no se atreve a decir que Bolívar fue algo así como el fundador del socialcristianismo latinoamericano, pero —y de nuevo como el líder adeco— sí comprende que em-

²⁵ Betancourt, 1968: 244-245.

²⁶ Straka, 2016: 96-111.

²⁷ Aunque la Reforma Agraria no entregó títulos.

²⁸ Caldera, 1995: 44.

²⁹ Además de político, jurista de fama continental en el área del Derecho Laboral e ideólogo del socialcristianismo a nivel mundial, Rafael Caldera fue también un importante profesor y autor de manuales de sociología jurídica. El ensayo que se cita, *Pensamiento sociológico del Libertador*, se inscribe en este ámbito de su quehacer.

³⁰ Caldera, 1995: 66.

pujó un proceso histórico que se alineaba con la democracia finalmente alcanzada:

Como antes señalábamos, Bolívar se afanó por explicar lo que perseguía: crear un cuerpo que por su origen y normas de funcionamiento tuviera una verdadera independencia para moderar los excesos de poder como los brotes de anarquía. No carecía de antecedentes en la historia antigua; pero no reparó suficientemente en que ellos suponían una integración social diferente, una estratificación palpable en el acontecer social, muy distinta de la realidad bulliciosa y multiforme que él mismo describía ante los ojos de los legisladores; y, sobre todo, no alcanzó a estimar suficientemente el hecho que el cambio político que él encarnaba constituía apenas el inicio de un activo y contradictorio proceso de cambio social cuya realización habría de durar más tiempo³¹.

Pero dos presidentes, por grandes que fueran su liderazgo y estatura intelectual, no bastan para revertir toda una mentalidad muy arraigada en el Estado y la sociedad; en la que además el historicismo político bolivariano tenía grandes y poderosos promotores: la Sociedad Bolivariana, la Academia Nacional de la Historia, el Cardenal José Humberto Quintero, la mayor parte de los obispos y párrocos; los periodistas, numerosos políticos, el Ejército, «bolivariano» por doctrina; y millares de maestros que lo reproducían en las escuelas. Es acá donde entra José Luis Salcedo Bastardo. Hagamos un breve excursu por su obra.

SALCEDO BASTARDO, IDEÓLOGO BOLIVARIANO

Como señala el historiador Luis Manuel Marcano Salazar, José Luis Salcedo Bastardo fue «el Eduardo Blanco de la generación que levantó sus manos para recibir el siglo XXI. La mayor parte de los jóvenes venezolanos que entraron en la adolescencia después de 1970 estudiaron con sus textos de secundaria, e inclusive seminarios universitarios en carreras como Ingeniería y Administración»³². Salcedo Bastardo, de este modo, representa la otra vía transitada por la democracia para arreglárselas con el bolivarianismo: la de su matrimonio con él, la de ponerlo a su servicio.

En 1950 Salcedo Bastardo se graduó de Doctor en Ciencias Políticas y Sociales (título que se le daba entonces a los egresados en Derecho) en la Universidad Central de Venezuela con la tesis “Pensamiento social del Libertador”. Un jurado de lujo la calificó de forma sobresaliente: Rafael Caldera,

³¹ *Ibidem*: 78-79.

³² Marcano Salazar, 2014: 83.

Arturo Usler Pietri y Luis Villalba Villalba. El trabajo es el esfuerzo por sistematizar las ideas de Bolívar, dispersas en un montón de cartas, proclamas y discursos, a objeto de crear un mapa donde ubicarlas. En 1957 la tesis es publicada con el título de *Visión y revisión de Bolívar*, y desde entonces ha tenido numerosas reediciones en Venezuela, y algunas otras en España, Ecuador, Chile y Argentina. No se puede negar que resulta un libro útil para quien se aproxima por primera vez al pensamiento bolivariano. Funcionando como una especie de farmacopea bolivariana: si se quiere saber, por ejemplo, qué pensó el Libertador sobre la igualdad, el libro presenta las frases extractadas de los documentos (a su vez numerados por un sistema creado por el autor, y que termina teniendo una función como los versículos de la Biblia), donde toca de alguna manera el tema. Y así con la economía, la educación, el Derecho, etc. Por supuesto, muy rápido la farmacopea se convirtió en un catecismo. La conclusión es que Bolívar siempre tiene una solución para todo. Esto en sí no es del todo desencaminado comoquiera que fue un hombre que estaba construyendo un nuevo orden sobre el que reflexionó larga y profundamente, pero el punto para Salcedo Bastardo y el resto de los bolivarianos es que esas soluciones siempre son acertadas y adaptables al siglo XX, una estrella a seguir en todos los trances. En suma, lo conveniente es hacerle caso en todo momento. Cuando en 1986 se estableció el estudio de la Cátedra Bolivariana en el 9.º grado de la educación básica (el antiguo y ahora de nuevo 3er año del bachillerato), con el objeto de que todos los jóvenes estudien y comprendan la vida y pensamiento del Padre de la Patria, el programa se guió en gran medida por este libro.

Sin embargo, y a pesar de que después publicó otros dos textos muy reeditados, *Bolívar: un continente y un destino* (1972) y *El primer deber* (1973), su libro más decidor al respecto es la *Historia fundamental de Venezuela* (1970), aceptada por el Ministerio de Educación como texto para secundaria. Se trata de un gran ensayo —está por encima de las quinientas páginas en todas sus ediciones— en el que se ofrece una mirada de conjunto a la historia del país. Hay que reconocerle el esfuerzo por una teorización sociológica para establecer los períodos e interpretar los procesos, pero en general el autor demostró no haber estado atento a los cambios en la disciplina que desarrollaba una nueva generación de historiadores salida de las escuelas universitarias de historia, por lo que rápidamente quedó superada o sus análisis resultaron parciales. Las tesis de Betancourt y de Caldera (¡e incluso, en muchos casos, las de Vallenilla-Lanz!) resultan más ajustadas a los enfoques de la historiografía contemporánea, que las teorizaciones de Salcedo Bastardo. Pero lo más notable es aquello a lo que su método condujo: la visión ferozmente bolivariana del libro. Bolívar es el alfa y omega, es el centro de la Historia,

es la vara para medir todo lo ocurrido antes y lo que ocurriría después. Tras el período de «formación» y del «orden colonial», había venido la «revolución», es decir, la Independencia, donde todo fue un esplendente paso adelante en tanto libertades, modernización y cultura; para luego caer en un oscuro período de «contrarrevolución» (1830-1936), pura pobreza, dictaduras, violencia, atraso; para que finalmente llegáramos al «Nuevo Tiempo» (1936-1970), en el que estábamos retomando el camino dejado atrás cuando decidimos darle la espalda a Bolívar y separarnos de la Gran Colombia.

Aunque en el fondo se trata de un criterio sistemáticamente repetido desde Guzmán Blanco (la «traición» de 1830 nos condujo al abismo para que él, o Gómez o Hugo Chávez nos redimieran retornándonos al redil³³), Salcedo Bastardo en 1970 estaba logrando el prodigio, tan cuesta arriba después de Vallenilla-Lanz, de conciliar la democracia con el sentimentalismo político bolivariano. Tal vez sólo el Cardenal Quintero había logrado algo parecido, pero con la diferencia de que la influencia de Salcedo Bastardo no era un aliado clave del Estado, como el prelado, sino la de uno de sus ideólogos³⁴. No es un dato irrelevante que tanto el Cardenal como Salcedo Bastardo hayan sido Individuos de Número de la Academia Nacional de la Historia.

³³ En eso consiste la idea de Quinta República, una que finalmente nos conecta con la era bolivariana (en la que convencionalmente se habla de tres repúblicas, más la Gran Colombia), y nos salva de la oscura Cuarta República (1830-1999), sometida a las oligarquías, el imperialismo y el atraso. Coloquialmente, la categoría («la Cuarta»), se asocia sólo a la democracia de 1958 a 1999, en contra de la que el chavismo ha hecho acusaciones sistemáticas.

³⁴ José Humberto Quintero (1902-1984), primer cardenal de la Iglesia Católica venezolana e intelectual, a partir de 1958 apoyó al sistema democrático en sus luchas contra la insurgencia comunista y los golpes militares de derecha. Fue durante su pontificado que se firmó el nuevo *modus vivendi* entre la Iglesia y el Estado, que sustituyó al Patronato heredado de la colonia. Ferviente bolivariano, sus sermones y oraciones fúnebres en cada efeméride del Libertador se hicieron famosos. En la oración por el bicentenario de la muerte de Bolívar, pronunciada en la Catedral de Caracas el 18 de diciembre de 1980, afirmó que los males vividos por Venezuela durante el siglo XIX se debieron a un castigo divino por haber solicitado en 1830 la expulsión del Padre de la Patria del territorio grancolombiano. No obstante, la paz y la democracia que vivíamos entonces eran el ejemplo de que la Divina Providencia había considerado que ya el mal estaba purgado: «Y he aquí desde 1830, en que se perpetró tal iniquidad, nuestra historia nacional durante todo el siglo pasado, se puede sintetizar y resumir en asoladoras guerras civiles y en largas tiranías, rotas apenas por brevísimos y precarios períodos de paz. Cerrado felizmente a comienzos de este siglo el ciclo doloroso de las guerras civiles, los años de paz que por fin ha disfrutado Venezuela y las dos décadas largas que lleva de libertad, nos permiten pensar que la bondad divina ha dispuesto poner ya término a la larga y merecida sanción por aquel pecado público de la patria» (citado por Pino Iturrieta, 2003: 160). Testigos han afirmado que el Cardenal enjugó unas lágrimas mientras decía estas palabras. Sobre el tema del bolivarianismo eclesiástico, véase: Straka, 2009: 202-242.

En efecto, Salcedo Bastardo, después de haber ocupado numerosos cargos –fue embajador, miembro del Consejo Supremo Electoral y presidente del Instituto Nacional de Cultura y Bellas Artes, antecedente del ministerio de cultura– fue nombrado en 1976 ministro de la Secretaría de la Presidencia, como hemos dicho, un cargo clave y de mucho poder en el Estado. Como es de suponer, una gran amistad y confianza existía entre el historiador y el presidente Pérez. Por eso es razonable pensar que en la concepción de los festejos del bicentenario que se decretaron aquel mismo año, haya habido más el pensamiento de Salcedo Bastardo que el de cualquier otro político o intelectual del momento, incluyendo al presidente.

HACIA AFUERA: UNIVERSALIZAR A BOLÍVAR

Conciliado el sentimentalismo político con la democracia para apuntalar su legitimidad adentro del país; a Salcedo Bastardo y los otros políticos e intelectuales del momento, les tocaba ahora integrarlo con la activa diplomacia de la «Gran Venezuela». Aunque el esfuerzo por crear alternativas desde el Tercer Mundo para hacer frente a las potencias imperialistas ya había comenzado con Rómulo Betancourt, cuyo gobierno fue impulsor de la OPEP; durante los primeros tres lustros de la democracia su política exterior estuvo dictada por las urgencias de la Guerra Fría, el apoyo de Cuba a la guerrilla que combatía en el país y la amenaza de los golpes militares en la región. No fue hasta que la derrota guerrillera dio respiro, que durante la administración de Rafael Caldera (1969-1974), se inició una política menos definida por lo ideológico, estableciéndose relaciones con países comunistas o controlados por dictaduras latinoamericanas, y se dieron varios pasos hacia la integración regional. Pero con Pérez se combinaron tres cosas: el país estaba completamente pacificado, la boom petrolero de 1973-74 le permitió contar con recursos inéditos en la historia de Venezuela, y su personal vocación de historia era de una escala distinta a la de su mentor Betancourt: se concebía a sí mismo, y así lo logró, como un líder mundial del Tercer Mundo. Ese es el contexto en el que el Comité dirigido por Salcedo Bastardo se planteó «universalizar a Bolívar».

En efecto, para 1976 Pérez había decidido participar en la construcción de un nuevo orden mundial. Estaba entonces muy involucrado en la democratización de España, llegando a ser negociador entre el gobierno y el PSOE y el PCE; hizo de la entrega del Canal de Panamá al gobierno panameño un asunto suyo, apoyó a la Revolución Sandinista y al movimiento independentista de Aruba; participó en la Primera Conferencia de la OPEP de 1975 e

inició una activa relación con los países árabes; ofreció numerosas formas de ayuda económica y energética a países latinoamericanos y caribeños. Ante tanta actividad hubo, especialmente en el Caribe, quienes temieron algún tipo «subimperialismo»³⁵ embozado por parte de Venezuela. Además, la idea de una «Gran Venezuela» sonaba demasiado parecido a la «Gran Rusia» o una «Gran Serbia» como para que los vecinos no temieran por un posible afán expansionista. Es un temor que a los venezolanos puede parecernos extraño, que en general nos ofende, pero que en su momento, desde ciertos puntos de vista, podría resultar de alguna verosimilitud. Por una parte, quedaba la rémora de la Guerra Fría. Aunque se habían restablecido las relaciones con Cuba y Pérez proclamaba su amistad con Fidel Castro, la vieja tesis cubana de que Venezuela, y especialmente a Acción Democrática, era un agente subimperialista de los Estados Unidos en la región caribeña, seguía encontrando eco. Para la izquierda, la alianza de Venezuela con los Estados Unidos cuando Cuba armó y financió en parte a las guerrillas y después envió combatientes al país; su solicitud del bloqueo e incluso de ir eventualmente más lejos en caso de un enfrentamiento bélico, no era una respuesta a acciones intervencionistas, como sostenía Venezuela, sino un simple papel de policía regional de los Estados Unidos. Por otra parte, la reclamación venezolana sobre los 150.000 kilómetros cuadrados del territorio del Esequibo, en Guyana, que aunque estaba congelado entonces, se mantenía como una fuente de fricción con el Caribe anglófono, hizo que incluso líderes pro-occidentales como Eric Williams se hicieran eco de lo del subimperialismo. La tormenta perfecta ocurrió cuando Forbes Burham se alió con Cuba, acaso para conseguir apoyo frente a una eventual invasión venezolana (en 1969 había estado a punto de ocurrir³⁶). Con ello, de automático, las aprehensiones caribeñas y la condena de la izquierda pro-castrista se alinearon. Para 1976 la reclamación estaba congelada y de hecho Burham había hecho el año anterior una visita de buena voluntad a Caracas, que Pérez correspondería con la suya a Georgetown en 1978; pero la desconfianza estaba sembrada.

En cualquier caso, subimperialista o no, empeñado en darle a Venezuela un protagonismo estelar en el Tercer Mundo, emprendió su propia *ostpolitik* al estilo de Willy Brandt, con quien de hecho colaboraba estrechamente en la Internacional Socialista y sentía una verdadera admiración. Y en esto, nuevamente, el bolivarianismo tenía, necesariamente, que jugar un papel. La filosofía política del Estado no podía estar ausente de su política exterior, en especial de una tan activa. Pero no ya el bolivarianismo «sentimentalista» para

³⁵ Lanza, 1980.

³⁶ Véase: Guzmán Mirabal: 2016.

consumo interno, sino uno más a propósito para la lucha antimperialista: el «neobolivarismo». Así la historiografía llama a una línea de pensamiento que arranca a finales del siglo XIX cuando pensadores como José Enrique Rodó, Rufino Blanco Fombona o José María Vargas Vila iniciaron una reinterpretación de la figura de Simón Bolívar como precursor del antimperialismo que tendría enormes consecuencias en el pensamiento político de la región. Son los años que siguen a la guerra de 1898 y el Corolario Roosevelt, en los que muchos temieron sinceramente por la supervivencia de las repúblicas latinoamericanas³⁷. ¿Por qué no podían terminar siendo engullidas por los Estados Unidos del modo en que, por ejemplo, Rusia o el imperio austrohúngaro se habían anexoado a muchos países de su alrededor? Empezaron de ese modo a ser bolivarianos (o bolivaristas, como solía decirse entonces), pero básicamente rescatando las ideas integracionistas y de reivindicación de las especificidad latinoamericana del Libertador; y dejando un poco de lado otras de sus tesis, como por ejemplo la necesidad de un fuerte gobierno centralizado o de una especie de aristocracia que lidere la república para garantizar el orden. Cogido por esta línea, hasta entonces Bolívar había sido básicamente asumido por grupos conservadores, salvo en el caso venezolano, donde el Partido Liberal se declaró su heredero³⁸.

Este nuevo Bolívar, «latinoamericanista» y «antimperialista», entró muy pronto al universo referencial de la izquierda. Por acción de José Vasconcelos, Isidro Fabela, Carlos Pellicer y algunos intelectuales y políticos más, en México el neobolivarismo se convierte por primera vez en un discurso oficial³⁹. En las asociaciones y alianzas antimperialistas de los años treinta, muchas de las cuales estaban formadas por exiliados en tierras mexicanas, se empezó a plantear la necesidad de reconstruir en Latinoamérica una confederación de países capaces de enfrentar al imperialismo, como la propuesta por Bolívar en el Congreso de Panamá. El «Plan para la realización del Supremo Sueño de Bolívar» (1929), de César Augusto Sandino, es probablemente el más famoso y, por haber sido escrito al vivac de la guerra contra los marines, emblemático de estos proyectos. Acción Democrática, que nace como el Partido Democrático Nacional en 1937⁴⁰, era doctrinalmente nacionalista y antimperialista y estaba estrechamente vinculada con la izquierda democrática, más o menos marxista pero no sometida al Comintern, como el APRA, participó de

³⁷ Hay que subrayar que es una categoría historiográfica, ya que, hasta donde sepamos, ningún pensador se llamó a sí mismo «neobolivarista».

³⁸ Straka, 2016: 96-111.

³⁹ Straka, 2015: 131-165.

⁴⁰ En 1941 adquiere el nombre de Acción Democrática cuando es legalizado.

algún modo en esta corriente neobolivarista. Sin embargo, tal vez por el peso del bolivarianismo tradicional en Venezuela, con el que hay que comulgar de alguna manera, no fue hasta cuarenta años más tarde, cuando Pérez se lanza a su empresa de cambiar el orden mundial que, probablemente tomado de lo que ya existía en los órganos multilaterales y el tercermundismo, aparece un discurso al que podemos definir de ese modo.

Veamos, por ejemplo, las palabras de bienvenida que le da Pérez a Josip Broz Tito durante su visita a Caracas en marzo de 1976. Era un momento cumbre de su *ostpolitik* y de su tercermundismo. Héroe por excelencia de los «no alineados», de los socialistas que consideran a los socialdemócratas demasiado tibios, pero que ya oyen crujir por los cuatro costados al modelo soviético; es un modelo a seguir:

Yugoslavia ha contribuido a despertar unánime propósito en los pueblos pequeños y débiles para ordenar su vida independiente con originalidad y autenticidad nacionales. En nuestro país, en medios políticos y universitarios, vemos con respeto y admiración la búsqueda y la experiencia en que usted se ha empeñado. Venezuela tiene plena conciencia de que no puede ni copiarse ni aventurarse mecánicamente en el servicio de ningún modelo. En las aproximaciones entre los países que buscamos un nuevo orden mundial no ser requiere unanimidad sobre todos los asuntos. Pero no puede desconocerse que las contribuciones y exploraciones que en el mundo se realizan para rectificar o revisar las estructuras sociales, forman parte de una acumulación colectiva y universal de la humanidad que puede servir para aclarar y conformar una nueva perspectiva para todos los países⁴¹.

Sí, le ratifica Pérez a Tito: «Venezuela está vivamente interesada y en militante acción para la rectificación del orden internacional. Tanto el económico como el político». Afirmaba que era «injusto el sistema económico que ha imperado después de la Segunda Guerra Mundial, impuesto por los bloques vencedores». De ahí su esfuerzo por «fundar el sistema de convivencia internacional sobre bases diferentes a las que han predominado hasta el momento»⁴². Además, le dice al Mariscal:

Llega usted a Venezuela en el momento en que estamos ejecutando dos de nuestras más grandes decisiones nacionales: la nacionalización del hierro y la nacionalización de la industria petrolera. Venezuela ha hecho pleno uso de su soberanía y busca sus propias metas de independencia nacional al tomar en sus manos, como un país adulto, los instrumentos de producción fundamentales de su economía⁴³.

⁴¹ Pérez, 1978: 11-12.

⁴² *Ibidem*: 13-14.

⁴³ *Ibidem*: 14.

¿Cómo entra el bolivarianismo en todo esto? Pues, nos responde Pérez:

Señor Presidente y señora Broz:

Este año se conmemora el 150 Aniversario de la Reunión del Congreso Anfictiónico de Panamá, convocado por Simón Bolívar para tomar la primera decisión estratégica de la unidad de los países latinoamericanos. Usted acaba de visitar esta patria hermana, escenario de aquel Congreso, que hoy lucha por recuperar plena soberanía sobre su territorio nacional, con la solidaridad activa de todos los pueblos de América Latina y de todas las naciones del mundo que se oponen y combates cualquier forma de colonialismo.

En esta conmemoración Sesquicentaria los latinoamericanos queremos revaluar todo cuanto estuvo presente en aquella iniciativa, pero es también excelente oportunidad para valorizar todo cuanto pueda enriquecer la perspectiva y el horizonte de América Latina. Rasgo sobresaliente de esta sensibilidad es nuestra actitud para entender y para asimilar experiencias universales. Usted, señor Presidente, es uno de los paladines de una época extraordinaria de la historia. Es usted también protagonista de acontecimientos que forman parte sustancial en la historia de este siglo. Su presencia en Venezuela la recibimos con beneplácito y la saludamos por eso con satisfacción...⁴⁴.

Entre el Congreso de Panamá y los No Alineados, entre Bolívar y Tito, iba la corriente que hemos llamado neobolivariana. «Venezuela –dice Pérez en el Salón Elíptico el 5 de julio, fiesta nacional por la Independencia– actúa fiel a su vocación universalista y al papel que le corresponde jugar en la grande controversia del Tercer Mundo con los países industrializados, para crear el nuevo orden internacional, fundado en la equidad y en la independencia de los pueblos». De hecho, recuerda minutos después, «Venezuela es co-presidente en la Conferencia sobre Cooperación Económica Internacional que se realiza en París», es decir, aclara:

Se nos ha encomendado la alta y honrosa gestión de ser voceros del Tercer Mundo, otorgándose a nuestro país una confianza que tiene que enaltecer el orgullo de todos los venezolanos y colmar de agrado al Gobierno que con su clara, firme y justa política internacional ha puesto tan alto la voz de Venezuela. Así estamos honrando la memoria y el mensaje de los fundadores de la República y somos leales al mandato de la historia, al pensamiento de Simón Bolívar⁴⁵.

Veinte días más tarde, con motivo de la fiesta del natalicio del Libertador y el lanzamiento de la Comisión Nacional del Bicentenario, redondea en dos párrafos el sentido y alcance de este nuevo bolivarianismo:

⁴⁴ *Ibidem*: 15.

⁴⁵ *Ibidem*: 207.

El Gobierno de Venezuela incrementará, desde ahora, con redoblado interés su acción tendiente a hacer presente la efigie de Simón Bolívar en los países más importantes donde no los haya, Asia y África incluidos, y gestionará, también en su oportunidad, la publicación en todas las lenguas de antologías de textos de y sobre Bolívar.

En cuanto a lo interno se refiere, hay múltiples posibilidades para vincular el nombre del Libertador y la conmemoración de sus doscientos años a empresas urgentes, irrenunciables, a empresas diría yo ‘dramáticas’ del presente nacional, tales como la recuperación de nuestra naturaleza, el deber de una intransigente defensa de nuestros recursos naturales, todo ello de una campaña con Bolívar para mejorar la calidad de vida de nuestras urbes. Rescatar de la degradación paulatina que han sufrido en nuestros pueblos las plazas Bolívar⁴⁶.

En efecto, los pueblos que aún quedaban sin que su plaza central fuera dedicada al Libertador, obtuvieron su busto o estatua pedestre del mismo; los países en los que no había al menos un monumento a la memoria del grande hombre, recibieron alguno por cuenta del entonces munífico Estado venezolano. Venezuela, como nunca, se sentía en vísperas de alcanzar la gloria a la que el Culto al Padre de la Patria la había convencido estaba destinada.

LA ESPERANZA DEL UNIVERSO, A MODO DE CONCLUSIÓN

Como correspondía a tanto dinero y tanta confianza en el futuro como los tenía Venezuela entonces, el cronograma de actividades para el Bicentenario fue amplísimo en tamaño y variado en contenidos. Iba desde la celebración de los IX Juegos Deportivos Panamericanos en Caracas hasta un vasto plan de ediciones; desde la Campaña Libertadora de Alfabetización, conocida como ACUDE, que hizo un enorme esfuerzo para erradicar lo que quedaba de analfabetismo (durante la democracia ya había bajado de un 40% en 1958 a alrededor de un 10% para la década de 1980) a un conjunto de premios de ensayo, poesía y música; de la emisión de estampillas, a la convocatoria de congresos académicos. De la inauguración de un conjunto de obras públicas que incluían el Metro de Caracas y el Complejo Cultural Teresa Carreño, a la erección de estatuas en Ciudad de México, Río de Janeiro, El Cairo y Lisboa. De crear un nuevo monumento al Libertador en Caracas, hecho a escala de la ciudad de rascacielos moderna que era entonces, a crear un premio en la UNESCO. Aunque quedó para el siguiente gobierno, que fue del principal partido de oposición, el socialcristiano COPEI, que ganó las elecciones de

⁴⁶ *Ibidem*: 238.

1978⁴⁷, el plan se mantuvo y Salcedo Bastardo fue ratificado en su cargo. Los grandes festejos con la presencia de los presidentes de los países bolivarianos, el rey de España y otros dignatarios se hicieron como estaba planeado. Por supuesto, como hemos dicho, no dejó de ser irónico que justo abriendo el Bicentenario, el 18 de febrero de 1983, conocido como Viernes Negro, ocurriera la gran devaluación que marcó el inicio del fin de la Gran Venezuela. Una inflación sistemática, la caída de los precios del petróleo y la desvalorización de la moneda, llevaron rápidamente al estallido social del Caracazo en 1989. Resulta casi imposible pensar que el país que se ve en las imágenes de aquellos días fuera el mismo que trece años atrás pensaba en cambiar el orden mundial. Ya en 1983 se dejaron en suspenso proyectos como el del nuevo monumento a Bolívar y la reconstrucción de una buena parte del centro de Caracas, que se demolió para construir edificios públicos en lo que sería el Foro Libertador (aún quedan algunos terrenos vacíos y en otros, como epítome del descalabro, fueron invadidos por familias pobres⁴⁸).

No obstante, de todas la iniciativas creadas cuando el sueño aún parecía posible, la del Premio Internacional Simón Bolívar, otorgado por la UNESCO y financiado por Venezuela (era de 30.000 dólares), fue la de mayor proyección internacional. Pensado para «aquellos que se hayan destacado por haber contribuido mediante una actividad particularmente meritoria, a la libertad, la independencia y la dignidad de los pueblos, al fortalecimiento de la solidaridad entre los pueblos, favoreciendo el desarrollo o facilitando el advenimiento de un nuevo orden internacional económico, social y cultural»⁴⁹, en su primera entrega (1983) se les concedió de forma compartida al rey Juan Carlos de España, por su rol en la democratización de su país, y a Nelson Mandela; para después haber sido otorgado a personajes e instituciones de la talla de la Vicaría de la Solidaridad de Chile (1988), Vaclav Havel (1990), Aung San Suun Kyi (1992), Muhammad Yunus (1996) y Mario Soares (1998). El hecho de que se haya dejado de entregar en 2004 y que en su última edición se le otorgara a la Casa de las Américas, la institución cultural bandera de la Revolución Cubana, habla bastante de los cambios producidos con la llegada de Hugo Chávez al poder: el neobolivarismo ahora es encarnado por defensores del «socialismo real» (¿de ninguna manera por alguien como Havel!), al tiempo que no parece haber una musculatura financiera u organizativa similar en la diplomacia (la década de 1980 es conocida como la «era de oro»

⁴⁷ De 1979 a 1984 gobernó Luis Herrera Campíns.

⁴⁸ Con respecto al monumento, en 2013 Hugo Chávez inauguró un nuevo mausoleo para el Libertador, contiguo al Panteón Nacional.

⁴⁹ Comité Ejecutivo del Bicentenario del Libertador, s/f: 5-6.

de la diplomacia venezolana), para llevar adelante proyectos de esta envergadura.

Con ocasión de su primera entrega la UNESCO publicó, en edición de lujo (habría que ver si Venezuela la financió también), una compilación de sus escritos con el título de *La esperanza del universo*⁵⁰, frase que proviene de la Proclama del Libertador del 2 de agosto de 1824, días antes de la batalla de Junín. El prólogo quedó en manos de Arturo Uslar Pietri, entonces el intelectual público más influyente de Venezuela, quien elaboró un ensayo que buscó más la comprensión que el ditirambo y que en efecto le ofrece al lector no familiarizado una visión bastante completa del personaje; pero la compilación en sí misma fue dejada a cargo de Salcedo Bastardo. Como era su estilo, numeró los documentos y los tituló con frases que resumían las que consideró las principales ideas de cada texto. En el estudio introductorio, que sigue al prólogo y que también escribió, presentó un panorama del pensamiento del Libertador, más o menos el resumen de lo que ya había presentado en sus libros. Pero esto no es lo que queremos destacar, sino su título. La idea de «universo» es recurrente en Bolívar, y equivale un poco a la de «cosmos» que su admirado Alejandro de Humboldt estaba desarrollando entonces. Cuando en muchos de sus otros documentos habla de la independencia de Hispanoamérica como esencial para el «equilibrio del universo», hablaba de un nuevo orden mundial más justo y pacífico, mutuamente provechoso para Europa (sobre todo Gran Bretaña) y los criollos. No es, por lo tanto, de extrañar que tanto la democracia como la revolución socialista venezolanas que quisieron, en momentos relativamente similares de bonanza petrolero, cambiar ese orden, hayan retomado la idea bolivariana de «universo». Hay diferencias en los métodos y en los enfoques, naturalmente; no es lo mismo ver en Havel que identificar en Casa de las Américas a un epígono de heroicidad por el desarrollo y la libertad, pero algo evidentemente común hay entre buscar la esperanza del universo y perseguir el equilibrio del universo, como dice el Plan de la Patria, diseñado por Hugo Chávez en 2012.

Es un tema en el que queda mucho por estudiar. De momento, con lo dicho hasta ahora, podemos ver cómo un bolivarianismo utilizado como arma antimperialista y reivindicativa del Tercer Mundo, ya existió en Venezuela antes de Chávez. Fue, como lo hemos visto, uno de los dos pilares sobre los que la democracia pudo reconducir al Culto al Libertador dentro de los valores y las aspiraciones que enarboló; y un aspecto esencial para comprender a la Venezuela de aquel momento y a la del día de hoy.

⁵⁰ El libro puede bajarse de internet en esta dirección: <http://unesdoc.unesco.org/images/0005/000550/055003S.pdf> (consultado el 10 de octubre de 2016).

BIBLIOGRAFÍA

- Ardao, Arturo, *Estudios latinoamericanos de historia de las ideas*, Caracas, Monte Ávila Editores, 1978.
- Betancourt, Rómulo, *La Revolución Democrática en Venezuela, 1959-1964*, vol. I, Caracas, Imprenta Nacional, 1968.
- Bolívar, Simón, *La esperanza del universo*, París, UNESCO, 1983.
- Caldera, Rafael, *Bolívar siempre*, 2.^a ed., Caracas, Monte Ávila Editores, 1995.
- Carrera Damas, Germán, *Rómulo histórico*, Caracas, Editorial Alfa, 2013.
- Castro Leiva, Luis, “El historicismo político bolivariano: una puntualización” [1986], *Obras*, vol. I, Caracas, Fundación Empresas Polar/UCAB, 2005: 324.
- Comité Ejecutivo del Bicentenario de Simón Bolívar, *Bicentenario de Simón Bolívar 1783-1983*, Caracas, s/n, s/f.
- Gómez, Alejandro, *Rómulo Betancourt y el Partido Comunista de Costa Rica*, Caracas, Fondo Editorial de Humanidades y Educación, Universidad Central de Venezuela, 1985.
- Guzmán Mirabal, Guillermo, *Del Acuerdo de Ginebra a la Rebelión del Rupununi. Tres años del proceso de recuperación de la Guayana Esequiba (1966-1969)*, Caracas, Academia Nacional de la Historia, 2016.
- Harwich Vallenilla, Nikita, “Un héroe para todas las causas: Bolívar en la historiografía”, *Iberoamericana*, 3/10 (Madrid/Frankfurt am Main, 2001): 7-21.
- Lanza, Eloy, *El subimperialismo venezolano*, Caracas, Fondo editorial Carlos Apon- te, 1980.
- Marcano Salazar, Luis Manuel, *Salcedo Bastardo. Su concepto de historia. Estudio biográfico-historiográfico*, Caracas, Editorial Latinoamericana de Ciencias Jurídicas, 2014.
- Melgar Bao, Ricardo, “Un neobolivarismo antimperialista. La Unión Centro Sud Americana y de las Antillas (UCSAYA)”, *Políticas de la Memoria*, 6/7 (Buenos Aires, 2006-2007): 149-164.
- Pérez, Carlos Andrés, *Hacia la gran Venezuela. La nacionalización petrolera*, Caracas, Oficina Central de Información, 1975.
- Pérez, Carlos Andrés, *Manos a la obra. Textos de mensajes, discursos y declaraciones del presidente de la república*, tomo III, vol. 1, Caracas, Ediciones de la presidencia de la República, 1978.
- Pino Iturrieta, Elías, *Positivismo y gomecismo*, Caracas, Universidad Central de Venezuela, 1978.

- Pino Iturrieta, Elías, *El divino Bolívar. Ensayo sobre una religión republicana*, Madrid, Catarata, 2003.
- Plaza, Elena, *La tragedia de una amarga convicción: historia y política en el pensamiento de Laureano Vallenilla-Lanz, 1870-1936*, Caracas, Universidad Central de Venezuela, 1996.
- Rey, Juan Carlos, “La democracia venezolana y la crisis del sistema político de conciliación”, *Revista de estudios políticos*, 74 (Madrid, 1991): 533-578.
- Salcedo Bastardo, José Luis, *Visión y revisión de Bolívar*, Caracas, s/n, 1957.
- Salcedo Bastardo, José Luis, *Historia Fundamental de Venezuela*, Caracas, Universidad Central de Venezuela, 1970.
- Salcedo Bastardo, José Luis, *Bolívar: un continente y un destino*, Washington, Secretaría General de la OEA, 1972.
- Salcedo Bastardo, José Luis, *El primer deber. Con el acervo documental de Bolívar sobre la educación y la cultura*, Caracas, Universidad Simón Bolívar, 1973.
- Sosa, Arturo, *La filosofía política del gomecismo: estudio del pensamiento de Laureano Vallenilla Lanz*, Barquisimeto, Gumilla, 1974.
- Straka, Tomás, *La épica del desencanto. Bolivarianismo, historiografía y política en Venezuela*, Caracas, Alfa, 2009.
- Straka, Tomás, “Bolívar, México y la revolución: integracionismo y antimperialismo latinoamericanos (1916-1961)”, Fabián Herrera León (ed.), *Diplomacia oficiosa, representaciones y redes extraoficiales en la historia de América Latina. Un homenaje a la trayectoria académica de Salvador E. Morales Pérez (1939-2012)*, Morelia (México), Universidad Michoacana de San Nicolás Hidalgo/Instituto de Historia de Cuba/Universidad Católica Andrés Bello, 2015: 131-165.
- Straka, Tomás, “The birth of the Myth. The Liberals and the Cult of Bolívar (1840-1900)”, Maureen G. Shanahan y Ana María Reyes (eds.), *Simón Bolívar. Travels and transformations of a Cultural Icon*, Gainesville, University Press of Florida, 2016: 96-111.

Fecha de recepción: 17 de octubre de 2016.

Fecha de aceptación: 13 de febrero de 2017.

The hope of the universe: Bolivarianism in the era of *Gran Venezuela* (1974-1983)

This work reviews Venezuelan Bolivarianism and its relationship with the political discourses and projects during what has been called “Gran Venezuela” (Great Venezuela, 1974-1983). During this period, Venezuela enjoyed a combination of two decades of democratic stability and high oil prices, becoming an exceptionally prosperous, free and peaceful country in Latin-America. In this context, democratic governments used political Bolivarian historicism in order to legitimize their apparent success as proof that they were complying with the vision set out by Simón Bolívar, traditionally associated with conservative thought and dictatorship. It also used Bolivarianism to project its status as an emerging power in the Third World.

KEY WORDS: *bolivarianism; political; historicism; Venezuela-democracy; Simón Bolívar.*
